

ATOMOS

Sensacional descubrimiento: el hombre acaba de enterarse de que existe un vacío en el interior de cada átomo. Lo ha visto, con la ayuda de un ultramicroscopio electrónico. Un gran vacío, dicen los científicos. Y, en efecto, si lo que hemos visto en la foto que acompaña a la información son verdaderos átomos, el vacío es considerable; algo así como el que existe desde el sol hasta sus pequeños y mustios planetas.

Los sabios se están poniendo demasiado cargantes. Era mucho más bonito el universo antes, cuando los microscopios apenas pasaban de darnos la visión de la célula. Se le quita ahora importancia al protoplasma, se desprecia la rojiza y fresca apariencia del hígado envuelto en su embalaje de tripas y mesenterios, se llega uno a olvidar de que somos sangre, metatarsianos y esfenoides (nombres llenos de fuerza y hasta de belleza), de que tenemos un palatino, una piámater y una safena... Nos olvidamos de esos bonitos cristales en que los minerales fraguan para reírse de todos los lapidarios del mundo; nos olvidamos de la nieve, de la cándida nieve, de la nieve blanquísima que cae llevando en cada copo un tesoro de poliedros inconcebibles, para los que la pobre geometría del hombre no podría nunca encontrar denominación justa; nos olvidamos del Sol, grande como un huevo frito, sonriente como un ganapán; nos olvidamos de la tímida lagartija y de su cola individualista, anarquista y chinchorrera; nos olvidamos de que somos unos señores bajitos o altos, de que vivimos rodeados de señoras guapas, de que el sol sale por Almería y se pone por Estoril, de que las lagartijas se parecen demasiado a los cocodrilos para lo diferentes que son unas de otras; nos olvidamos de todo el mundo de mágicas realidades que se ha encerrado siempre tras el vocablo «Biología», para encontrarnos ante el mundo del átomo.

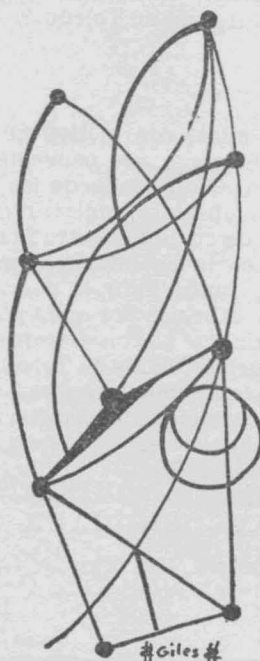
Ya no somos nada del otro jueves: sólo energía, vibración, luz, electricidad. El día en que un mentecato acertó a decir que un hombre está compuesto de tantos litros de agua, tantos gramos de fósforo, tantos miligramos de potasio, tanto de ésto, de lo otro y de lo da más allá; el día en que afirmó que con el hierro de nuestro cuerpo se puede fabricar un clavo, dió el primer paso en este sendero que nos ha llevado a convertirnos en algo tan eficaz y tan triste como una pila de linterna. A la Biología le salió un pariente antipático: la Bioquímica con sus fórmulas acangrejadas, geométricas y facilonas, a pesar de su aparente dificultad, con sus reacciones sorprendentes, en las que el simple trasplante de tres oxhidrilos convierte a una zanahoria en cinco gramos de mantequilla. Luego, hipertrofiada, ha caído sobre nosotros, sobre todos, la Física-Matemática. Arquímedes, Pascal y el mismo Newton temblarían hoy, como niños, ante cualquier auxi-

liar de cátedra universitaria. Ya se acabó aquella Física bonita de aparatos destinados a demostrar que lo que Arquímedes sintió al meterse en el baño no fué un vértigo y que el Principio en que plasmó su experiencia es una verdad como un templo; ahora raíces, cálculo infinitesimal, integrales... y una fórmula: *Fi* es igual a la raíz cúbica de la raíz *Ene* de *Ro* por *Hache* partido por 3.600, multiplicado todo ello por un número llamado Potencial Potilórico (*Pp* para los entendidos), cuya magnitud podrá ser calculada en Norteamérica —con ayuda de tres cerebros electrónicos— antes de 1960, si es que los rusos no la descubren en 1959 por culpa de esa manía morbosa que tienen de hacer la guerra de nervios con cualquier pretexto.

Todo se ha vuelto terriblemente difícil; ya no se puede adquirir una cultura general. Cada ramita de la Ciencia abarca tanto, que solo es posible elegir un camino estrechísimo y convertirse en eso tan desdichado que es un especialista. Imaginemos lo descorazonador que hubiese resultado para nuestros entusiasmados juveniles el tener que limitarnos a ser especialistas en dividir decimales, en conjugar verbos de la primera declinación o en el tratamiento de la seborrea, y quizá ello nos explique un poco ciertas actitudes negras y negativas de los jóvenes de ahora.

Y todo para eso, para enterarnos de que somos unos átomos y, ¡tremendo!, de que en el interior del átomo no hay casi nada, un vacío gigantesco dentro de la casi inconmensurable pequeñez de ese pedacito de lo que sea, al que los sabios han encontrado la manera de liberar de su Potencial Potilórico para freír a la Humanidad cualquier día de estos.

ANGEL PALOMINO



¿DEPORTE?

La reciente desgracia ocurrida a los corredores Motos y Polo, ha venido a poner de manifiesto la flagrante ausencia de ponderación, y de ética por ende, que preside la organización y el desarrollo de los certámenes deportivos; de la subversión de valores operada en una de las más simpáticas facetas de la actividad humana. Es lamentable que lo sucedido no sirva, como probablemente no va a servir, no ya para una investigación rigurosa de las causas que puedan haber originado la desgracia, sino para un replanteamiento de las premisas que deberían regir la convocatoria y el desarrollo de dichos certámenes, de manera que servirían más para la potenciación racional de los propios atletas que para el medro de unos intereses completamente artificiales y bastardos.

*

Se da por descontado, desde luego, que esta prédica está condenada a caer en el vacío. Ninguna consideración especulativa es capaz de apartar a la multitud de su capricho favorito, de su ilusión del momento. Para entibiar el fervor popular por las bastardeadas demostraciones atléticas del tiempo actual, sería necesario buscarle al público nuevos horizontes estéticos, un género completamente nuevo de competición espectacular, y esto es difícil. Pero, mientras tanto, bueno sería que una inteligente acción estatal constriniera el desorbitado planteamiento de unos espectáculos deportivos de muchedumbres que desbordan los límites de lo razonable y de lo humano. Por lo mismo que el hombre es la medida del deporte, resulta monstruoso que una actividad de índole puramente recreativa, y en cierto modo cultural como el atletismo, devore vidas humanas como un nuevo Moloch; que unos chavales mal aconsejados, pretendiendo emular a los deformados, a fuer de especializados, campeones ciclistas, se empeñen en sobrepasar la resistencia de animales mucho mejor dotados que el hombre para el esfuerzo, cayendo, al intentarlo, reventados de fatiga sobre una carretera. Si sobre los espectáculos circenses, entre los cuales está incluido, naturalmente, el de la lidia de toros, pesa inevitablemente la hipoteca de sangre del artista caído en la arena, el hecho, desgraciado en sí, responde al insobornable planteamiento de un juego necesariamente arriesgado, la estética del cual reside precisamente en llevar implicada la posibilidad de la tragedia. En la desgracia acaecida al lidiador y al acróbata, hay siempre una justificación filosófica y una resonancia emocional y estética; en la sobrevenida al atleta irreflexivo o mal aconsejado, no. Su acaecimiento, inesperado e ilógico, no puede erocar otra reacción que la repulsa unánime contra la organización poco meditada y la supervisión negligente de las pruebas.

PEDRAZA